

la ofensa pasada, cuyo escarmiento sería también de consecuencia para quebrantar su osadía, y facilitar después la sujeción de aquella ciudad.

Innumera-
bles enemi-
gos cerca
de la ciu-
dad.

Fuese acercando el ejército, prevenido con las órdenes para empresa de mayor dificultad: y poco antes de llegar, se descubrió en la campaña un grueso de innumerables tropas, compuesto de los Mexicanos que andaban observando la marcha, y de los que asistían á la guarnición de la misma ciudad: los cuales, no cabiendo en ella, querían reducir á una batalla la defensa de sus muros. Adelantaronse los enemigos, moviéndose á un tiempo sus esquadrones, y acometieron con tanta ferocidad, y tantos alaridos, que pudieran ocasionar algún cuidado, sinó estuviera ya tan conocida la falencia de sus primeros ímpetus; pero tropezando en la carga de los arcabuces (que siempre los espantaban más que los ofendían) y después en el segundo terror de los caballos, se descompusieron con facilidad, dando lugar al resto del ejército, para que rota la vanguardia, penetráse á lo interior de la multitud, obligándolos á resistir como podían desunidos y turbados: cuya obstinación dilató considerable tiempo la victoria; pero últimamente volvieron por todas partes las espaldas, retirándose los más á la misma ciudad; y otros por diferentes sendas á buscar sin elección la distancia del peligro.

Retiranse
muchos á la
ciudad.

Quedó libre la campaña, y se gastó lo que resta-

ba del día en elegir puesto con algunas ventajas donde pasar la noche; pero al declararse la mañana, se dexó ver el ejército enemigo en el mismo parage, con ánimo de volver á las armas para emendar el desayre padecido: y Hernán Cortés, dando las mismas órdenes, y siguiendo la misma dirección de la tarde antecedente, los volvió á romper con mayor facilidad, porque los halló con la fuga en la imaginación, y con el escarmiento en la memoria.

Volvió á
formarse el
enemigo,

y queda
vencido se-
gunda vez.

Encerrólos á cuchilladas en la ciudad, y entrando en su alcance con los Españoles, y alguna parte de los Indios amigos, se mantuvo peleando en lo interior de la ciudad, hasta que acercándose la noche, retiró su gente al mismo parage donde tuvo antes su alojamiento: concediendo á los soldados que llevó consigo el saco de las casas que se habían ocupado, y dexándolas entregadas al fuego, parte por mostrar en algo su indignación, y parte por ocupar al enemigo, y executar su retirada sin oposición.

Cinco días se detuvo Hernán Cortés á vista de Tacúba, manteniendo aquel puesto, donde le buscaba el enemigo todos los días, volviendo siempre rechazado á la ciudad. Era el intento de Cortés ir gastando en estas salidas la guarnición de la plaza: y conociendo ya en su floxedad la falta de gente, llegó el caso de mover el ejército para el asalto. Pero al tomar los puestos, y repartir las órdenes para los ata-

Resuelvese
el asalto.

Nuevas tropas de México en la calzada.

Ardid logrado por los Mexicanos.

Entra Cortés en la calzada,

no sin alguna inadvertencia.

ques, se reconoció que venia marchando por la calzada un grueso considerable de Mexicanos: y siendo necesario romper este socorro para volver á la empresa de Tacúba, resolvió Hernan Cortés aguardarle algo distante de la misma calzada, para cerrar con ellos quando acabasen de salir á tierra, y hacerles mayor daño en el camino estrecho de la fuga. Pero aquellos Mexicanos trahian orden (y dicen que fue arbitrio de su mismo Emperador Guatimozín) para echar delante alguna gente, que dexandose cargar, cebáse á los Españoles en el alcance, y los procuráse introducir en la calzada: lo qual executaron con notable destreza, saliendo algunos perezosamente á la tierra, y doblandose con tanta negligencia, que se persuadió Hernan Cortés á que nacia del temor lo que afectaba la industria. Dexó parte de su ejército para que le guardáse las espaldas contra la gente de Tacúba, y marchó á la calzada, suponiendo que podria facilmente desembarazarse de aquellos enemigos para volver sobre la ciudad; pero los que habian salido á tierra, sin aguardar la carga, huyeron á incorporarse con los demás, y todos se fueron retirando, al parecer, temerosos, y cediendo poco á poco la calzada para que la ocupasen los Españoles. Siguiólos Hernan Cortés, dexandose llevar de las apariencias favorables, no sin alguna falta de consideracion; porque no estaba lejos el suceso de Iztapalápa, ni podia ignorar que

aquellos Indios tenian sus fugas artificiosas con que solian llamar á sus zeladas; pero la repeticion de sus victorias (peligro algunas veces de los vencedores) no le dexó distinguir entonces aquellas circunstancias en que suelen diferenciarse los medios fingidos y los verdaderos.

Repararonse los enemigos, y empezaron á pelear quando tuvieron á Cortés y á los que le seguian dentro de la calzada: y entretanto que los procuraban divertir con su resistencia, salieron de México innumerables canoas, que ciñeron por ambas partes la calzada; con que se hallaron brevemente los Españoles combatidos por la vanguardia, y por los dos costados: y conociendo, aunque tarde, su inadvertencia, fue necesario que se retirasen, deteniendo á los que peleaban en lo estrecho, y haciendo frente á las canoas de una y otra banda. Trahian los enemigos unas picas de grande alcance, y en algunas de ellas formada la punta de las espadas Españolas que adquirieron la noche de la primera retirada. Hubo muchos heridos entre los nuestros, y estuvo cerca de perderse una bandera: porque al tiempo que duraba mas encendido el combate, cayó en el lago, de un bote de pica, el Alférez Juan Volante: y abatiendose á la presa los Indios que se hallaron mas cerca, le recogieron en una de las canoas, para llevarle de presente á su Rey. Dexóse conducir, fingiendose rendido, y al verse al-

Nuevo asalto de las canoas Mexicanas.

Retírase Cortés con dificultad.

go distante de las otras embarcaciones, cobró sus armas, y desembarazandose de los que le guardaban, con muerte de algunos, se arrojó al agua, y escapó á nado su bandera con igual dicha que valor.

Juan Volante escapa su bandera.

Hernan Cortés anduvo en los mayores peligros con la espada en la mano, y sacó á tierra su gente con poca pérdida, dexando bastantemente vengado el ardid con que le llamaron á la calzada; porque murieron en ella y en el lago tantos enemigos, que se pudo tener á faccion deliberada el engaño padecido. Pero hallandose ya en conocimiento de que sería temeridad volver al empeño de Tacúba con aquella nueva oposicion de los Mexicanos, que todavia se conservaban á la vista, trató de retirarse á Tezcúco; y con parecer de sus Capitanes, lo puso luego en execucion, sin que los enemigos se atreviesen á salir de la calzada, ni á desamparar sus canoas, hasta que la distancia del ejército los animó á seguir desde lejos: contentandose con dar al viento grandes alaridos, á cuya inutil fatiga se reduxo toda su venganza. Importó mucho esta salida, tanto por el daño que se hizo á los Mexicanos, como por las noticias que se adquirieron de aquel parage, que despues se habia de ocupar. Y por mas que la procure deslucir nuestro Historiador, fue de tanta conseqüencia para el intento principal, que apenas llegó Hernan Cortés á Tezcúco, quando vinieron rendidos á dar la obediencia, y

Retírase el ejército á Tezcúco.

Fue de conseqüencia esta jornada.

ofrecer sus tropas militares los Caciques de Tucapán, Mascalzínco, Autlán, y otros pueblos de la ribera septentrional. Bastante seña de que se volvió con reputacion: ganancia de grande utilidad en la guerra, que suele conseguir sin las manos lo que se concediera dificultosamente á las fuerzas.

Ofrecen sus milicias los Caciques del contorno. Lo que importa la reputacion.

CAPITULO XVI.

VIENE A TEZCÚCO NUEVO SOCORRO de Españoles. Sale Gonzalo de Sandoval al socorro de Chalco: rompe dos veces á los Mexicanos en campaña: y gana por fuerza de armas á Guastepéque, y á Capistlán.

LA prosperidad de tantos sucesos repetidos era una señal casi evidente de que corria por cuenta del cielo esta Conquista; pero algunos que se lograron sin humana diligencia, no parece posible que viniesen de otra mano tan medidos con la necesidad, y tan fuera de la esperanza. Llegó por este tiempo á la Vera Cruz un navio de mas que mediano porte, que venia dirigido á Hernan Cortés, y en él Julian de Alderete, natural de Tordesillas, con el cargo de Tesorero por el Rey, Fray Pedro Melgarejo de Urrera, Religioso de la Orden de San Francisco, natural de Sevilla, Antonio de Caravajal, Gerónimo Ruiz

Llega otro navio á la Vera Cruz con gente, y socorro considerable.